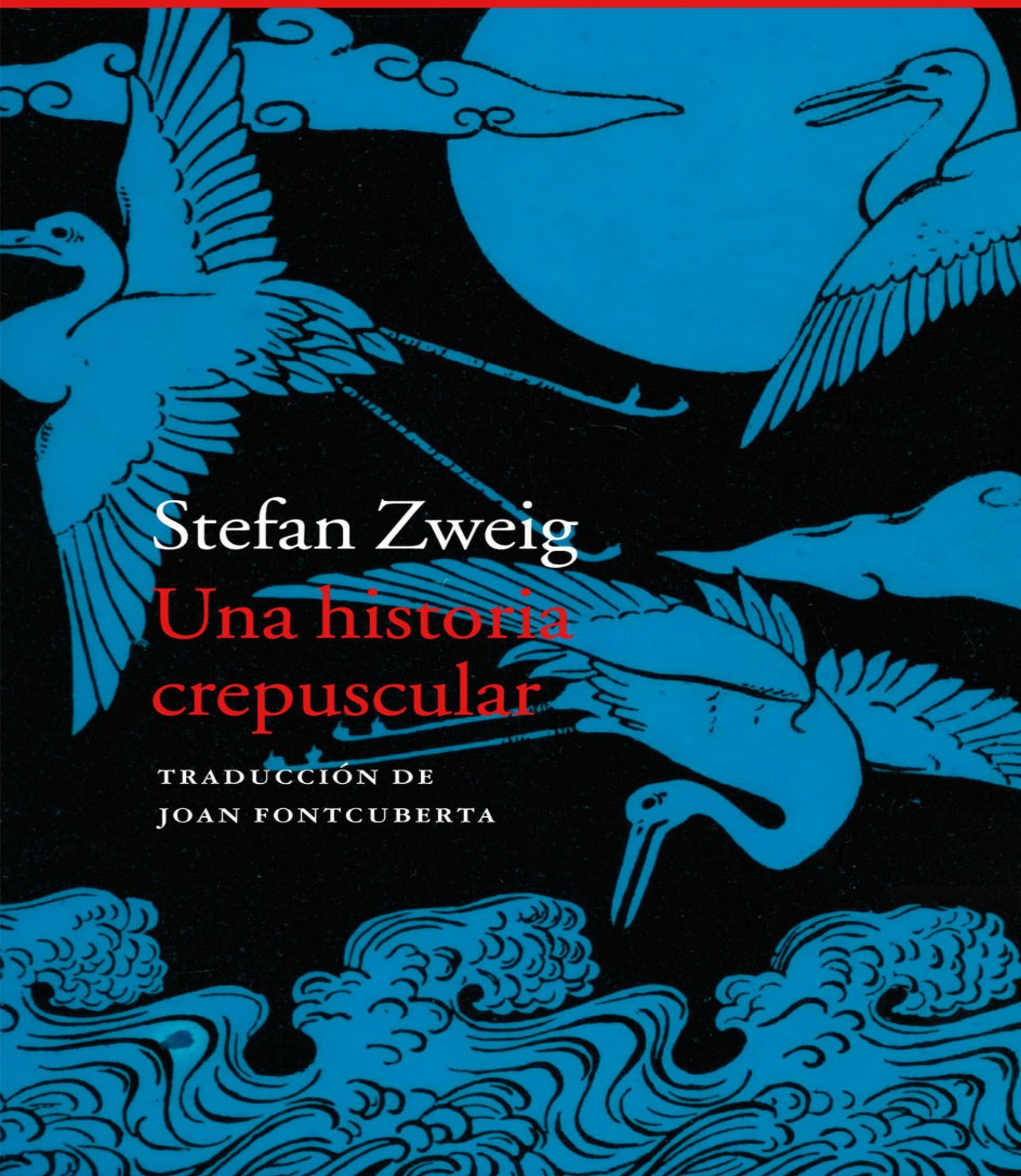


A C A N T I L A D O



Stefan Zweig
Una historia
crepuscular

TRADUCCIÓN DE
JOAN FONTCUBERTA

UNA HISTORIA CREPUSCULAR

STEFAN ZWEIG

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOAN FONTCUBERTA



ACANTILADO
BARCELONA 2020

TÍTULO ORIGINAL
Geschichte in der Dämmerung

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Atrium Press Limited
© de la traducción, 2015 by Hereus de Joan Fontcuberta Gel
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-64-3

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
abril de 2020



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

¿Ha sido el viento lo que ha traído de nuevo la lluvia a la ciudad haciendo que nuestra habitación se oscurezca de pronto? No. La atmósfera está tranquila y tiene una claridad argentada, como raras veces ocurre en estos días de verano, pero se ha hecho tarde y no nos hemos dado cuenta. Sólo los tragaluces de enfrente sonríen todavía con un débil resplandor y por encima de los tejados el cielo se cubre ya de una bruma dorada. En una hora será de noche. Una hora maravillosa, pues nada es más bello que ese color que poco a poco se marchita y se ensombrece, y luego la oscuridad, que brotará del suelo, invadirá la estancia, hasta que sus negras olas se repliegan en silencio sobre las paredes y nos arrastren a las tinieblas. Entonces, cuando en este momento nos sentemos uno frente al otro y nos miremos sin hablar, nos parecerá que el rostro familiar que entra en las sombras se ha vuelto más viejo, extraño y lejano, como si nunca lo hubiéramos conocido y lo contempláramos a distancia y a través de muchos años. Pero ahora quieres que hablemos, porque en el silencio oyes acongojado cómo el reloj rompe el tiempo en cien pequeñas astillas y la respiración se vuelve ruidosa como la de un enfermo. Quieres que te cuente algo. Con mucho gusto. Aunque no de mí, pues nuestra vida en estas ciudades inmensas es pobre en acontecimientos o así nos lo parece, porque todavía no sabemos lo que en realidad nos pertenece. Pero voy a contarte una historia adecuada para esta hora que, a decir verdad, sólo ama al silencio, y quisiera que tuviese un poco de esa luz crepuscular, cálida, dulce y profusa que se extiende como un velo ante nuestras ventanas.

No sé cuál es el origen de esta historia. Simplemente recuerdo que, desde primera hora de la tarde, he estado aquí sentado mucho rato, leyendo un libro, después lo he dejado y me he sumido en una especie de ensueño letárgico, tal vez incluso en un sueño ligero. De pronto he visto unas figuras que se deslizaban a lo largo de la pared, y podía oír sus voces y penetrar en sus vidas. Pero cuando he querido seguir con la mirada esas formas fugitivas, me he encontrado de nuevo despierto y solo. El libro había caído a mis pies. Lo he recogido y le he preguntado acerca de las figuras: ya no he encontrado la historia en él, como si hubiera caído de sus páginas a mis manos o como si nunca hubiera estado allí. Quizá la había soñado o la había leído en una de aquellas nubes de colores que hoy habían llegado de tierras lejanas a nuestra ciudad transportando la lluvia que durante tanto tiempo nos ha importunado. Quizá la había oído en una vieja e ingenua canción que un organillo había tocado entre melancólicos gemidos bajo mi ventana, o alguien me la había contado años atrás... No lo sé. A menudo me llega este tipo de historias, y me divierte dejar fluir entre mis dedos las cosas que cuentan, sin retenerlas, al igual que uno acaricia espigas y flores de tallo largo sin cogerlas. Sólo las sueño a partir de una imagen repentina y coloreada que termina por difuminarse, pero no las retengo. Sin embargo, hoy quieres una historia, y te la voy a contar en esta hora del crepúsculo en la que nos invade el deseo de ver algo multicolor agitándose y brillando ante nuestros ojos que los tonos grises entristecen.

¿Cómo empezar? Tengo la sensación de que debo hacer salir por un momento de las sombras una imagen y una figura, pues así comienzan también en mí esos extraños sueños. Ya me acuerdo. Veo a un esbelto muchacho que desciende por los anchos peldaños de la escalera de un castillo. Es de noche, una noche con sólo un pálido claro de luna, pero, como si tuviera un poderoso faro,

abarco el perfil entero de su cuerpo ágil, distingo perfectamente sus rasgos. Son extraordinariamente bellos. Sus cabellos negros peinados a la moda infantil caen sobre su frente un poco demasiado ancha, y las manos, que él extiende hacia delante en la oscuridad para palpar el calor del aire caldeado por el sol, son muy finas y nobles. Su paso vacila. Desciende absorto hacia el gran jardín que murmura con sus numerosos árboles redondeados y entre los cuales reluce como un sendero blanco una única y amplia avenida.

No sé cuándo sucedió, si ayer o hace cincuenta años, ni tampoco sé dónde, pero creo que debió de ser en Inglaterra o en Escocia, pues sólo allí conozco castillos de piedra tallada tan altos y grandes que de lejos parecen fortalezas altivas y amenazadoras y que sólo para el ojo familiarizado se inclinan sobre sus jardines luminosos y floridos. Sí, ahora lo sé seguro, está allá arriba en Escocia, pues sólo allí las noches de verano son tan luminosas que el cielo tiene el brillo lácteo del ópalo y los campos nunca están oscuros, todo parece tenuemente iluminado desde el interior y sólo las sombras, semejantes a gigantescos pájaros negros, caen sobre esas capas de luz. Es Escocia, oh sí, ahora lo sé con seguridad y, si me esforzara, encontraría el nombre de aquel castillo condal y también el del muchacho, pues ahora la oscura corteza de mi sueño se desprende rápidamente y lo percibo todo con tanta claridad como si no fuera un recuerdo, sino una vivencia. Durante el verano, el muchacho se aloja en casa de su hermana casada y, siguiendo la afable costumbre de las familias inglesas distinguidas, no es el único invitado; la cena reúne a todo un grupo de cazadores y sus mujeres, así como a algunas muchachas: personas bien parecidas y de categoría cuya juventud e hilaridad, sin ser ruidosas, juegan con el eco de los viejos muros. De día los caballos galopan por doquier, acompañados de una jauría de perros; al otro lado, en el río, centellean dos o tres barcas: una actividad sosegada confiere al día un agradable ritmo rápido.

Terminada la cena, se levanta la sobremesa. Los caballeros han ido al salón, fuman y juegan; hasta medianoche las ventanas proyectan en el parque conos de luz blanca y vibrante en los bordes, a veces también una risa franca y jovial. La mayoría de las damas se ha retirado a las habitaciones, tal vez dos o tres conversan todavía en el vestíbulo. Así que el muchacho está solo. No tiene permiso para ir con los hombres, o sólo por unos instantes, y se siente cohibido en presencia de las damas, porque a menudo, cuando abre la puerta, ellas bajan la voz, y comprende que hablan de cosas que él no debe oír. Por otra parte, no le gusta su compañía, pues le interrogan como a un niño y no prestan demasiada atención a sus respuestas; simplemente lo utilizan para mil pequeños favores y luego le dan las gracias como a un chico bueno y obediente. Así que ha decidido irse a la cama y ya ha subido la escalera de caracol; pero la habitación está demasiado caldeada, con una atmósfera cargada y sofocante. Se han olvidado de cerrar las ventanas de día y el sol ha campado por sus respetos: ha abrasado la mesa y la cama, se ha encarnizado con las paredes y los rincones, y las cortinas despiden todavía su hálito ardiente e irritado. Y, después de todo, es demasiado pronto, y fuera la noche estival resplandece como una vela blanca, tan tranquila, tan en calma, tan deliciosamente en calma. De modo que el muchacho baja de nuevo la gran escalinata del castillo hasta el jardín, sobre cuyo oscuro contorno circular el cielo derrama su luz mortecina como un nimbo y adonde lo atrae el aroma trémulo de mil flores invisibles. Tiene una extraña sensación. En la confusión de sentimientos propia de sus quince años, no sabe explicarlo, pero sus labios tiemblan como si tuviera que hablar a la noche, levantar las manos o cerrar los ojos mucho rato, como si hubiera algo misterioso y familiar entre él y aquella encalmada noche de verano que pide una palabra o un gesto de cortesía.

El muchacho sale poco a poco de la amplia y despejada avenida para adentrarse en uno de los

estrechos senderos laterales, donde los árboles parecen abrazarse en lo alto con sus copas iluminadas por destellos argentados, mientras que abajo impera la oscuridad preñada de noche. Todo está absolutamente tranquilo. El paseante, perdido en una dulce y vaga melancolía, sólo percibe el indescriptible ruido del silencio en el jardín, el vibrante zumbido como de una lluvia fina que cae en la hierba o de susurrantes briznas frotándose ligeramente unas a otras. A veces roza con un árbol o se detiene para escuchar ese ruido fugitivo: el sombrero le cae sobre la frente y se lo quita para sentir sobre sus sienes desnudas, donde golpea la sangre, la mano del viento aletargado.

Y entonces, de golpe, a medida que se adentra en la oscuridad, ocurre algo inaudito. La grava cruje levemente detrás de él. Cuando se vuelve, asustado, ve el brillo como de fuego fatuo de una gran figura blanca que avanza hacia él, ya está cerca y siente con un escalofrío el abrazo fuerte, aunque sin violencia, de una mujer. Un cuerpo cálido y suave se estrecha febrilmente contra el suyo, una mano le acaricia rápida y temblorosa el pelo y le inclina la cabeza hacia atrás: tambaleante, él siente en la boca un fruto abierto, desconocido, unos labios estremecidos que sorben los suyos. Tan cerca está este rostro del suyo que él no puede verle los rasgos. Y no se atreve a mirarlos, porque un doloroso escalofrío recorre su cuerpo y le obliga a cerrar los ojos y abandonarse sin resistencia como botín a esos labios ardientes; vacilante, inseguro como una pregunta, sus brazos acogen entonces a la desconocida figura y, ebrio de repente, estrecha el cuerpo extraño contra sí. Sus manos se deslizan ávidas a lo largo de las delicadas formas, se detienen y se retiran temblorosas, luego se vuelven más febriles y atrevidas. Cada vez más apremiante e inclinada, la feliz carga descansa ahora todo su peso sobre el complaciente pecho del muchacho. De alguna manera se siente engullido, arrastrado por este abrazo jadeante, y se le doblan las rodillas. No piensa en nada, no se pregunta por qué aquella mujer ha acudido a él ni cómo se llama, se limita a sorber hasta embriagarse de la voluptuosidad de sus labios desconocidos, húmedos y perfumados, sin voluntad, sin comprender lo que le impulsa a ese apasionamiento inaudito. Le parece como si de repente hubieran caído estrellas, tan intenso es el centelleo delante de sus ojos, y todo lo que toca chispea y quema. Y no sabe cuánto tiempo transcurre, si horas, tan blandas son las cadenas que lo atan, o si segundos: siente que todo se inflama y es arrastrado en el arrebató de una lucha voluptuosa, en un torbellino maravillosamente vertiginoso.

Y bruscamente, de golpe, la ardiente cadena se rompe. De repente, casi con ira, el abrazo libera su pecho apresado; la figura desconocida se incorpora, una cinta de luz blanca se desliza veloz a lo largo de los árboles, ha desaparecido antes de que él pueda levantar las manos para retenerla.

¿Quién habrá sido? ¿Y cuánto tiempo habrá durado? Angustiado, aturdido, se levanta apoyándose en un árbol. Poco a poco el frío raciocinio vuelve a su cerebro calenturiento: le parece de repente que su vida ha avanzado mil horas. ¿Acaso todos sus sueños confusos acerca de las mujeres y la pasión se han vuelto de pronto realidad? ¿O todo ha sido un sueño en definitiva? Se palpa, se toca el pelo. Sí, sus sienes palpitantes están húmedas, húmedas y frescas del rocío de la hierba sobre la que se han revolcado. Ante sus ojos se repite la escena con la velocidad del rayo, siente de nuevo el ardor de los labios, aspira el perfume de voluptuosidad, extraño y penetrante, que desprendía la ropa de la mujer, y trata de recordar cada una de sus palabras. Pero no le viene ninguna a la memoria.

Y entonces, súbitamente, recuerda alarmado que ella no ha dicho nada, ni siquiera lo ha

llamado por su nombre, que de ella no conoce sino los suspiros que rebotaban de su pecho como una amenaza, los sollozos de placer convulsivamente ahogados, el perfume de su pelo enmarañado, la cálida presión de sus pechos, el esmalte pulido de su piel; sabe que su cuerpo, su respiración, todos sus sentimientos le han pertenecido y, sin embargo, no sospecha quién es la mujer que lo ha sorprendido con su amor en la noche. Sabe que sólo puede balbucear un nombre para designar su sorpresa, su felicidad.

Y ahora esta experiencia fugaz e inaudita que acaba de vivir con una mujer le parece pobre, banal y completamente baladí al lado del fulgurante misterio de los ojos cautivadores que lo acechaban desde la oscuridad. ¿Quién era esa mujer? Al vuelo estudia todas las posibilidades, pasa revista mentalmente a todas las mujeres que viven en el castillo; evoca todos los momentos singulares y todas las conversaciones que ha mantenido con ellas, las sonrisas de cinco o seis de ellas, las únicas que podrían estar envueltas en este enigma. ¿Quizá la joven condesa E., que suele tratar con aspereza a su marido ya mayor, o la joven esposa de su tío, que tiene ojos de una dulzura extraña y, sin embargo, tan irisados, o bien—se estremeció al recordarla—una de las tres hermanas, primas suyas, que tanto se parecen en su porte altivo, orgulloso y estirado? No, porque todas ellas son personas frías y discretas. En los últimos años a menudo se había considerado un desheredado, un enfermo, desde que secretos ardores agitaban su espíritu y se mezclaban flameantes en sus sueños. ¿Cómo había envidiado a todos los que eran o parecían tan serenos, tan equilibrados y desprovistos de cualquier deseo! Él había tenido miedo de su pasión naciente como de una enfermedad. ¿Y ahora...? Pero ¿quién, cuál de ellas era capaz de semejante engaño?

Poco a poco esta pregunta obsesiva disipa la embriaguez que enturbia sus sentidos. Se ha hecho tarde, las luces del comedor se han apagado, sólo él está despierto en el castillo, él... y quizá aquella otra. La desconocida. La fatiga empieza a hacer mella en él. ¿Para qué seguir dándole vueltas? Seguro que mañana una mirada, una llama entre los párpados, un apretón de manos a hurtadillas, se lo revelará todo. Sube entre sueños las escaleras, tal como las había bajado, pero ahora sus sueños son infinitamente diferentes. Tiene la sangre todavía un poco agitada, y la habitación caldeada ahora le parece más clara y fresca.

Cuando al día siguiente se despierta, los caballos ya piafan y escarban en el patio, oye pronunciar su nombre en medio de risas. Se levanta de un salto—ha pasado la hora del desayuno—, se viste con una rapidez febril y se precipita abajo, donde los demás lo reciben con alborozo. «¡Dormilón!», le espeta la condesa E. riendo, y la risa brilla en sus ojos claros. Él escruta su rostro con ansiosa curiosidad; no, no puede ser ella, su risa es demasiado despreocupada. «¿Ha tenido dulces sueños?», se burla la joven, pero a él su cuerpo delicado le parece demasiado delgado. La pregunta del muchacho vuela de un rostro a otro, pero en ninguno descubre el reflejo de una sonrisa.

Da comienzo la excursión a caballo por el campo. Él escucha todas las voces, con la mirada espía cada línea del cuerpo de las mujeres, las ondulaciones del pelo que el ritmo del trote les impone, observa los movimientos de sus espaldas al doblarse y el modo como levantan los brazos. Durante el almuerzo se inclina sobre ellas para percibir el perfume de sus labios o la tibieza de sus cabellos, pero nada, nada le proporciona el menor indicio, una fugaz pista que su imaginación inflamada pueda seguir. El día se alarga inacabable hasta el atardecer. Ahora que quiere leer un libro, las líneas saltan fuera de los márgenes y lo conducen hasta el jardín, y vuelve a ser de noche, una noche extraña, y se siente de nuevo rodeado por los brazos de la desconocida. Deja caer el libro de sus manos temblorosas, quiere ir al estanque y, de repente, asustado, se

encuentra en el camino de grava, en el mismo lugar. Durante la cena sus manos están nerviosas, palpan sin descanso a diestro y siniestro, como perseguidas, sus ojos se esconden tímidos bajo los párpados. Por fin, oh, por fin, cuando los demás retiran sus sillas, él se siente feliz, sale corriendo de la sala y se adentra en el parque, cien veces, mil, camina arriba y abajo de la blanca avenida, que bajo sus pies parece centellear como una niebla láctea. ¿Están ya encendidas las luces del salón? Sí, por fin llamean, y por fin brillan también algunas ventanas del primer piso. Las damas se han retirado. Si ella va a venir, ya no puede tardar más de unos minutos, pero cada minuto se hincha de rúbea impaciencia hasta estallar. Y continúa arriba y abajo con pasos convulsos, como tirado por hilos invisibles.

Y entonces, de repente, la figura blanca se desliza escaleras abajo, rápida, demasiado rápida para poderla reconocer. Parece un rayo de luna o un velo perdido flotando entre los árboles que un viento impetuoso empuja hacia él, y ahora, ahora, está en sus brazos, que se estrechan como garras ávidas alrededor del cuerpo indómito, ardiente y palpitante, acalorado por la carrera. Como ayer, de nuevo es un único instante en el que la cálida oleada se rompe de improviso contra su pecho, con tanta fuerza que él cree desfallecer por el dulce golpe, y su único deseo es dejarse llevar, arrastrado a un sombrío abismo de placer. Pero luego su embriaguez se extingue de golpe, y él reprime su ardor. ¡No, no se perderá en esta maravillosa voluptuosidad, no se abandonará a estos labios voraginosos antes de saber el nombre de este cuerpo que se aprieta tan estrechamente contra él que es como si un corazón extraño latiera fuerte en su propio pecho! Echa hacia atrás la cabeza ante sus besos para verle la cara: pero caen unas sombras y, en la luz incierta, se confunden con los cabellos oscuros de la mujer. El follaje de los árboles es demasiado espeso y demasiado pálido el claro de luna velado por las nubes. Sólo ve los ojos de ella, que brillan fosforescentes como rubíes encastados en mármol blanco.

Entonces él quiere oír una palabra, sólo una astilla arrancada a su voz:

—¿Quién eres? Dime quién eres—implora. Pero esa boca suave y húmeda sólo tiene besos, ninguna palabra. Trata de arrebatarse una, un grito de dolor: le aplasta el brazo, le clava las uñas en la carne, pero de su pecho rígido sólo percibe un jadeo, una respiración acalorada y el perfume embriagador de sus labios obstinadamente mudos que de vez en cuando lanzan un ligero gemido, él no sabe si de dolor o de placer. Y lo vuelve loco no tener poder alguno sobre la voluntad porfiada de esta mujer que lo toma en la oscuridad sin revelársele y ver que es dueño absoluto de su cuerpo anhelante, pero no de su nombre. Se enfurece y se resiste al abrazo, pero ella, notando la fatiga del brazo del joven y percatándose de su agitación, le acaricia el pelo con mano excitada tratando de apaciguarlo y seducirlo. Y en el momento en que sus dedos lo rozan, él nota un objeto metálico en la frente, un medallón, una moneda, que pende de una pulsera y tintinea levemente. Le asalta un pensamiento. Como presa de una pasión de lo más delirante, le coge la mano, la aprieta contra sí y comprime la moneda en su propio brazo semidesnudo hasta que se graba en su piel. Ahora posee un indicio seguro y, al notar que le quema el cuerpo, se abandona de buen grado a la pasión hasta entonces contenida. Estrecha con fuerza el cuerpo de la joven, bebe la voluptuosidad de sus labios y se lanza de cabeza a la misteriosa y ardiente lascivia del abrazo mudo.

Después, cuando ella, como la víspera, se levanta de un salto y huye, él no trata de retenerla, pues la sangre le hierve de febril curiosidad por conocer la marca impresa en su brazo. Se precipita en su habitación, aviva la llama mortecina de la lámpara y se inclina ansioso sobre la marca de la moneda.

Ya no es una marca clara, el contorno se ha borrado, pero una de las esquinas está todavía

impresa en color rojo con una precisión inequívoca. Debe de ser una moneda de ángulos biselados, octagonal, de tamaño medio, más o menos como un penique, pero más moldeada, pues en comparación con la parte hueca el relieve se ve todavía profundamente grabado. Mientras la examina con tanto afán, la marca le quema como fuego, de repente le duele como una herida y sólo después de haber sumergido la mano en agua fría desaparece el doloroso ardor. La medalla es octogonal: ahora está completamente seguro. En sus ojos brilla el triunfo. Mañana lo sabrá todo.

Al día siguiente, es uno de los primeros en sentarse a la mesa del desayuno. Las únicas damas presentes son una señorita de edad avanzada, su hermana y la condesa E. Todas están de buen humor, conversan entre ellas sin hacerle el menor caso. Así puede observarlas mejor. Echa una rápida ojeada a la delgada muñeca de la condesa: no lleva pulsera. Ahora sí puede hablar tranquilamente con ella, pero su mirada se desvía nerviosa hacia la puerta a cada momento. Ahora entran las tres hermanas, sus primas. Le asalta de nuevo la inquietud. Entrevé sus pulseras bajo las mangas, pero toman asiento demasiado rápido, precisamente enfrente de él: Kitty, la de pelo castaño, Margot, la rubia, y Elisabeth, cuyo pelo es tan claro que en la oscuridad resplandece como plata y al sol parece emitir destellos de oro. Como de costumbre, las tres se muestran frías, tranquilas y distantes, petrificadas en esa dignidad que él tanto aborrece, porque no son mucho mayores que él y no hace mucho eran todavía sus compañeras de juego. La joven esposa de su tío no ha bajado todavía. El corazón del muchacho está cada vez más agitado, porque siente que el desenlace está cerca, y de pronto casi se complace en el enigmático tormento del secreto. Pero su mirada es curiosa y se posa en los bordes de la mesa sobre cuyo mantel blanco las manos de las mujeres descansan inmóviles o se mueven lentamente como barcos por una ensenada luminosa. Sólo mira las manos, que de repente le parecen seres independientes, personajes sobre un escenario, cada uno con una vida y un alma propias. ¿Por qué la sangre bate sus sienes con tanta fuerza? Se percata asustado de que las tres primas llevan pulseras, y la convicción de que podría ser una de esas mujeres altaneras, en apariencia irreprochables, que él siempre ha conocido, incluso en la infancia, obstinadamente replegadas en sí mismas, lo perturba. ¿Cuál será? ¿Kitty, a la que menos conoce, porque es la mayor, la arisca Margot o la pequeña Elisabeth? No se atreve a desear que sea alguna de las tres. En lo más recóndito de su alma prefiere que no sea ninguna de ellas o no saberlo. Pero lo arrastra el afán de descubrirlo.

—¿Me sirves otra taza de té, Kitty?—Su voz suena como si tuviera arena en la garganta. Acerca la taza y ella se ve obligada a levantar el brazo y extenderlo por encima de la mesa hasta él. Ahora... él ve una medalla que cuelga temblorosa de la pulsera, su mano se crispa un segundo, pero no, es una piedra verde, redonda, que tintinea ligeramente contra la porcelana. Su mirada acaricia agradecida como un beso el pelo castaño de Kitty.

Respira aliviado por un momento.

—¿Podrías pasarme un terrón de azúcar, Margot?

En el otro lado de la mesa una mano delgada se despierta, se extiende, ase una azucarera plateada y se la acerca. Y entonces—la mano del joven tiembla ligeramente—observa allí donde la muñeca de la muchacha se esconde bajo la manga y, pendiendo de una pulsera finamente cincelada, descubre una antigua moneda de plata, tallada en forma octogonal, del tamaño de un penique, evidentemente una joya de familia. Octogonal, no hay duda, de ángulos cortantes, los que ayer le quemaron la piel. Su mano ya no es firme, por dos veces las pinzas para el azúcar no aciertan, después deja caer un terrón en el té, que se olvida de tomar.

¡Margot! El nombre le quema la boca, un grito de inmensa sorpresa, pero él se muerde los

labios. Ahora la oye hablar (y su voz le parece tan extraña como la de alguien perorando desde lo alto de una tribuna): fría, comedida, un poco jocosa y respirando con tanta calma que casi lo asusta la terrible mentira de su vida. ¿Es realmente la misma mujer cuyos suspiros ayer mismo él había sofocado, de cuyos labios húmedos había bebido, la que lo había asaltado de noche como un animal de rapiña? No puede dejar de mirar sus labios. Sí, el carácter pertinaz y reservado sólo en estos finos labios podría esconderse. Pero ¿qué es lo que revela pasión en ella?

Examina su rostro con más atención, como si lo viera por primera vez. Y por primera vez, dichoso, estremeciéndose de júbilo y casi a punto de llorar, descubre cuán bella es en ese orgullo, cuán seductora en su secreto. La mirada del muchacho recorre sensualmente la línea redondeada de sus cejas, que sube bruscamente para formar un ángulo agudo, se sumerge en la fría cornalina de sus ojos de un gris verdoso, besa la piel pálida, transparente, de sus mejillas, acaricia los labios que en ese momento se redondean blandos y carnosos como para un beso, yerra alrededor del pelo claro y, en un rápido descenso, abraza voluptuoso todo el cuerpo. No la había conocido hasta ese momento. Cuando se levanta de la mesa, le tiemblan las rodillas. La vista de la muchacha lo ha embriagado como un vino fuerte.

Su hermana lo llama ya desde abajo. Los caballos están preparados para el paseo matutino, piafan nerviosos y mastican impacientes los bridones. Los jinetes suben a las sillas uno tras otro, y la cabalgata enfila en desbandada la ancha avenida del parque. Primero a trote lento, a un ritmo monótono que poco se ajusta a los latidos galopantes del corazón del joven. Pero, una vez pasada la puerta, sueltan las riendas, salen del camino y se precipitan por ambos lados hacia los prados cubiertos todavía de una ligera bruma matinal. Durante la noche debe de haber caído abundante rocío, pues bajo el velo humeante brillan centellas fugitivas, y el aire tiene un frescor asombroso, como cerca de una cascada. El grupo compacto pronto se dispersa, la cadena se rompe en fragmentos de color, algunos jinetes han desaparecido ya entre las colinas boscosas.

Margot está entre los que van en cabeza. Le gusta ese impulso salvaje, el roce apasionado del viento que tira de su pelo, la indescriptible sensación de lanzarse al galope. El joven corre en su persecución: ve su orgulloso cuerpo erguido, elegantemente balanceado por el impetuoso movimiento, de vez en cuando atisba su rostro, impregnado de un ligero rubor, el brillo de sus ojos y, cuando despliega tan apasionadamente sus fuerzas, él la reconoce. Y siente la desesperación del amor repentino. Le asalta un deseo furioso de tomarla en sus brazos, arrancarla del caballo, beber de nuevo de sus labios desenfrenados y acoger en su pecho los vibrantes latidos de su corazón excitado. Un fuerte golpe en el flanco y su caballo pega un salto hacia delante con un relincho. Ya está al lado de ella, sus rodillas se rozan, los estribos tintinean suavemente al entrechocar. Ahora tiene que hablar, ahora debe decirselo.

—Margot—balbucea.

Ella vuelve la cabeza, arqueando sus finas cejas.

—¿Qué pasa, Bob?—dice con toda frialdad. Y totalmente fríos y brillantes son sus ojos.

Un escalofrío recorre todo el cuerpo del muchacho. ¿Qué quería decir? Ya no lo sabe. Balbucea algo sobre dar media vuelta.

—¿Estás cansado?—pregunta ella en un tono que a él le parece un poco burlón.

—No, pero los demás han quedado muy atrás—articula él con esfuerzo. Un instante más y presiente que va a cometer alguna insensatez, como tender bruscamente los brazos hacia ella o ponerse a llorar o bien golpearla con la fusta, que tiembla como electrizada en su mano. Detiene en seco al caballo, que se encabrita. Ella sigue adelante, erguida, orgullosa, inaccesible.

Los otros pronto lo alcanzan. A su alrededor zumba una alegre conversación, pero las palabras y las risas desfilan por delante de sus oídos tan desprovistas de sentido como el chacoloteo de los cascos de los caballos. Lo atormenta no haber encontrado el coraje de hablarle de su amor y de arrancarle una confesión, y su deseo de domeñarla se vuelve más y más vehemente, cayéndole ante los ojos como un cielo rojo sobre el paisaje. ¿Por qué no se ha burlado de ella como ella de él con su despecho? Inconscientemente espolea al caballo y sólo ahora, en una furiosa galopada, se siente aliviado. Los otros le dicen que dé media vuelta. El sol ha sobrepasado la colina y brilla alto en el cielo del mediodía. De los campos llegan bocanadas de un suave aroma, los colores son más vivos y queman los ojos como oro fundido. El aire se vuelve pesado y bochornoso sobre la campiña, los caballos sudorosos trotan ya con menos brío, jadean y echan vaho. La comitiva se reagrupa poco a poco, la alegría se ha difuminado y las conversaciones son menos frecuentes.

También Margot ha reaparecido. Su caballo está cubierto de espuma, blancos copos tiemblan sobre su vestido y el nudo de su moño amenaza con deshacerse, pues las horquillas han aflojado su presión. El muchacho contempla fascinado las trenzas rubias, y la idea de que en cualquier momento puedan soltarse y flotar en madejas revueltas lo llena de emoción. Ya brilla al final de la avenida la puerta abovedada del jardín y al otro lado el ancho camino que lleva al castillo. Se adelanta con cuidado a los demás, llega el primero, desmonta, da las riendas al criado que ha acudido presuroso y espera la comitiva. Margot llega entre los últimos. Se acerca a trote corto, el cuerpo lánguidamente echado hacia atrás, como exhausto de voluptuosidad. Así debía de estar ayer noche, piensa él, una vez disipada la embriaguez, y anteayer. El recuerdo lo inflama de nuevo. Acude a su encuentro. La ayuda a desmontar.

Al sostenerle el estribo, su mano estrecha febrilmente el delicado tobillo de la muchacha.

—Margot—murmura con un suspiro. Ella no le responde ni siquiera con una mirada y, al desmontar, toma negligentemente la mano que él le tiende—. Margot, eres maravillosa—balbucea de nuevo.

Ella lo mira con aspereza, frunciendo el ceño obstinadamente.

—Creo que estás bebido, Bob. ¿Qué disparates dices?

Pero enojado por el disimulo, ciego de pasión, aprieta con fuerza la mano de la muchacha en la suya, como si quisiera hundírsela en el pecho. Entonces Margot, roja de ira, le da un empujón que lo hace tambalearse y pasa rápidamente por delante de él. Todo ha sucedido tan deprisa, a tanta velocidad, que nadie se ha dado cuenta, e incluso el muchacho cree que sólo ha sido un sueño angustioso.

Está tan pálido y conmocionado durante el resto del día que la condesa rubia le acaricia el pelo al pasar por su lado y le pregunta qué le ocurre. Está tan irritado que aparta de un puntapié a su perro que lo saluda saltándole encima y ladrando. Es tan torpe en el juego que las chicas se ríen de él. Pensar que ella podría no acudir esta noche le envenena la sangre, lo exaspera y pone de mal humor. Están tomando el té en el jardín, Margot está sentada enfrente de él, pero no lo mira. Atraídos como por un imán, los ojos de Bob se fijan trémulos todo el tiempo en los de ella, que permanecen fríos y mudos como dos piedras grises. Lo exaspera ver cómo juega con él. Y cuando ella se aparta bruscamente, el muchacho cierra el puño con la sensación de que podría derribarla tranquilamente de un puñetazo.

—¿Qué te pasa, Bob? Estás muy pálido—dice de repente una voz.

Es la pequeña Elisabeth, la hermana de Margot. En sus ojos brilla una luz tierna y cálida, pero él no se percata. Se siente sorprendido y dice furioso:

—¡Dejadme en paz de una vez con vuestra maldita solicitud!

Y enseguida se arrepiente, pues Elisabeth palidece, vuelve la cabeza y dice con lágrimas en los ojos:

—¡Mira que eres raro!

Todos lo miran con aire de disgusto y casi amenazador, y él mismo se da cuenta de su descortesía. Pero entonces, antes incluso de que pueda disculparse, una voz dura, seca y cortante como el filo de una navaja, la voz de Margot, se eleva desde el otro lado de la mesa:

—Además, me parece que Bob es muy mal educado para su edad. No deberíamos tratarlo como a un caballero, ni siquiera como a un adulto.

Lo ha dicho Margot, que la víspera le había ofrecido sus labios. Él tiene la sensación de que todo da vueltas a su alrededor, una niebla le cubre los ojos, un arrebato de furor lo sobrecoge:

—¡Tú debes saberlo, precisamente tú!—dice con un deje especialmente maligno y se levanta con tanta brusquedad que la silla se vuelca detrás de él, pero ya no vuelve la cabeza.

No obstante, por absurdo que le parezca, aquella misma tarde se encuentra de nuevo abajo en el jardín, rogando a Dios que ella vuelva a aparecer. Tal vez sólo era disimulación y orgullo, pero no, ya no la interrogaría ni la torturaría, con tal de que viniera, con tal de que él pudiera sentir de nuevo en su boca el ardiente deseo de sus labios tiernos y húmedos que cierran el paso a toda pregunta. Las horas parecen adormecidas, la noche es como un animal perezosamente tendido delante del castillo: el tiempo transcurre con una tremenda lentitud. El confuso susurro de la hierba a su alrededor le parece alentado por voces burlonas, las ramas que se mecen suavemente y juegan con su sombra y con los tenues destellos de luz se le antojan brazos mofadores. Todos los ruidos son confusos y extraños, más molestos y dolorosos que el silencio mismo. De vez en cuando un perro ladra a lo lejos en la campiña; de vez en cuando una estrella fugaz cruza el firmamento y cae en algún lugar detrás del castillo. La noche parece volverse cada vez más clara y las sombras de los árboles sobre el camino cada vez más oscuras, al tiempo que esos leves rumores se tornan más y más confusos. Después, nubes errantes ocultan de nuevo el cielo en una oscuridad opaca y melancólica. La soledad cae dolorosamente sobre ese corazón delirante.

El muchacho anda arriba y abajo, cada vez más rápido y agitado. De vez en cuando golpea colérico un árbol con el puño o le arranca la corteza con tanta furia que le sangran los dedos. No, ella no vendrá, lo sabe, pero no quiere creérselo, porque entonces no volvería jamás, nunca jamás. Es el momento más amargo de su vida. Y como es un joven apasionado, se arroja con fuerza al musgo todavía húmedo, hurga en la tierra con las manos y solloza de rabia en silencio; con lágrimas en las mejillas, llora como nunca había llorado de niño y como nunca volverá a llorar.

De repente, un ligero crujido en la maleza lo saca de su desesperación. Y cuando se pone en pie de un salto y camina a ciegas, tanteando con las manos, entonces—maravilloso es el súbito y cálido embate contra su pecho—recibe de nuevo en sus brazos el cuerpo con el que ha soñado con tanto arrebato. Un sollozo brota de su garganta, todo su ser se disuelve en un espasmo atroz y estrecha contra sí ese cuerpo esbelto y firme tan despóticamente que arranca un gemido de sus labios mudos y desconocidos. Y cuando la siente gimotear bajo la fuerza de su abrazo, sabe por primera vez que es dueño de ella y no, como ayer y anteayer, el botín de un capricho femenino; lo invade el deseo de torturarla por la tortura que ha sufrido durante cien horas, castigarla por su terquedad, por esas palabras despectivas que le ha dedicado esa tarde ante los demás, por el juego engañoso de su vida. El odio está tan estrechamente mezclado con su ardiente amor por ella que el abrazo es más una lucha que una muestra de ternura. Sujeta con tanta fuerza las delicadas

muñecas de la muchacha que todo su cuerpo jadeante se retuerce tembloroso, y la atrae hacia sí con tanta violencia que ella no puede moverse y no deja de emitir gemidos ahogados, él no sabe si de placer o de dolor. Pero no puede arrancarle palabra alguna. Cuando pega sus labios a los de ella para embeberse de ellos y ahogar a la vez sus sordos quejidos, nota en ellos algo caliente y húmedo: sangre; ella se ha mordido los labios y mana sangre. Y así sigue torturándola hasta que de pronto siente que las fuerzas lo abandonan y crece en él la cálida ola de la voluptuosidad, y ahora jadean los dos, pecho contra pecho. Han caído llamaradas sobre la noche, él cree ver centellear las estrellas ante sus ojos, todo se nubla, los pensamientos giran vertiginosamente, y todo tiene un solo nombre: Margot. Desde lo más profundo del alma, arrastrado por la pasión desbordada, lanza al fin la palabra, un grito de júbilo y desesperación, de deseo, de odio, de cólera y amor a la vez, un solo grito que contiene tres días de tormento: «¡Margot, Margot!». Y en esas dos sílabas vibra para él la música del universo.

Es como si un rayo la atravesara. La fogosidad del abrazo se hiela de golpe, un breve y violento sobresalto, un sollozo, un llanto que, convulso, sube de su garganta, y vuelve el fuego a los movimientos, pero sólo para despegarse de un contacto aborrecido. Sorprendido, él intenta retenerla, pero ella se debate; al acercar el rostro de la muchacha, él ve temblar lágrimas de ira en sus mejillas y siente su esbelto cuerpo arbolarse como una serpiente. Y de repente ella, irritada, lo rechaza de un empujón y huye. El reflejo blanco de su vestido centellea entre los árboles hasta que finalmente la noche la engulle.

Y él se queda solo de nuevo, asustado y confuso como la primera vez, cuando el ardor y la pasión abandonaron bruscamente sus brazos. Las estrellas centellean húmedas ante sus ojos y la sangre le puntea la frente con agudos escozores. ¿Qué ha pasado? Abriéndose paso a tientas entre los árboles que se van espaciando, se dirige al centro del jardín, donde sabe que mana la pequeña fuente y deja que el agua corra por su mano como una caricia, un agua blanca, cristalina, que le susurra y brilla con el reflejo maravilloso de la luna, que poco a poco ha despertado de nuevo entre las nubes. Y ahora, cuando su mirada se vuelve asombrosamente más clara, como si viniera de los árboles llevada por un viento cálido, una indómita tristeza se apodera de él. De su pecho brotan ardientes lágrimas y ahora se da cuenta, con más fuerza y claridad que durante los segundos espasmódicos del abrazo, de cuánto ama a Margot. Todo lo que había antes se ha desvanecido, la embriaguez, el estremecimiento, el espasmo de la posesión y la cólera por el secreto tan bien defendido: el amor lo domina por entero y lo llena de melancolía, un amor carente de deseo y sin embargo poderosísimo.

¿Por qué la ha atormentado tanto? ¿Acaso en esas tres noches ella no le ha dado lo indecible? ¿Acaso su vida no ha salido de un sombrío crepúsculo y ha entrado de repente en una luz resplandeciente y peligrosa desde que ella le ha enseñado la ternura y el delirante estremecimiento del amor? ¡Y ella se ha marchado llorando y furiosa! Brota en él un deseo dulce e irresistible de reconciliarse, de decirle unas palabras suaves y tranquilizadoras, un ansia de estrecharla entre sus brazos sin deseo, sosegadamente, y decirle cuán agradecido le está. Sí, irá a verla, con humildad, y le dirá cuán puro es su amor y que jamás volverá a pronunciar su nombre y jamás la obligará a dar respuesta a sus preguntas.

El agua corre con su voz argentina, y él sólo puede pensar en las lágrimas de la muchacha. Quizá está sola en su habitación, piensa, y sólo la escucha la noche susurrante, que a todos espía y a nadie consuela. Este estar cerca y a la vez lejos de ella, sin ver ni un reflejo de su pelo, sin oír siquiera una palabra medio ahogada de su voz y, sin embargo, con las almas estrechamente

enlazadas, le resulta un tormento insoportable. E irresistible es el deseo de estar cerca de ella, aunque sea ante su puerta como un perro o bajo su ventana como un mendigo.

Al deslizarse temeroso fuera de la oscuridad de los árboles, ve luz en el primer piso, en la habitación de Margot. Es un brillo mortecino, sus destellos amarillentos apenas iluminan las hojas del gran arce que acerca sus ramas como manos para llamar a la ventana y que se balancea con el suave viento, un espía sombrío y gigantesco apostado ante el pequeño cristal brillante. El pensamiento de que Margot vela tras el cuadrilátero de luz, de que sigue llorando o pensando en él lo perturba de tal modo que tiene que apoyarse en el árbol para no caer.

Mira hacia arriba como fascinado. Las blancas cortinas, agitadas por una corriente de aire, se mecen fuera de la zona de sombra; ora parecen doradas bajo la luz cálida que la lámpara proyecta, ora despiden reflejos plateados cuando el aire las empuja a tocar los rayos de luna que se filtran trémulos entre las hojas palmeadas. Y la cara interior del cristal refleja el movimiento fluido de luces y sombras como un tejido ondeante de imágenes luminosas. Pero al joven afebrado, que desde la oscuridad de las sombras mira ahora hacia arriba con ojos calenturientos, le parece ver escritas en esa pizarra lisa runas que cuentan lo sucedido. El flujo de las sombras, el brillo plateado que sopla como una fina humareda sobre la lisa superficie, todas esas percepciones llenan su fantasía de imágenes palpitantes. La ve, ve a Margot, alta y hermosa, con el cabello suelto (¡oh, su cabello rubio y revuelto!), ve la causa de su zozobra, de su ir y venir por la habitación, la ve a ella agitándose en la fiebre de su pasión, sollozando de cólera. Como si fueran de cristal, ve ahora a través de las altas paredes el menor de sus movimientos, el temblor de sus manos, la ve dejarse caer en una butaca y mirar fijamente con muda desesperación el cielo radiante de estrellas. Por un instante, cuando el cristal se ilumina, cree incluso reconocer su rostro, que se inclina angustiado para mirar hacia el parque adormecido, tratando de descubrirlo. Y entonces, dominado por la fuerza indómita de sus sentimientos, contenidos pero a la vez apremiantes, grita su nombre: «¡Margot...! ¡Margot!».

¿No era algo blanco como un velo lo que se ha deslizado rápidamente por la superficie del cristal? Él cree haberlo visto con toda claridad. Aguza el oído. Pero nada se mueve. A su espalda crecen el suave hálito de los árboles soñolientos y el sedoso frufú de la perezosa brisa en la hierba; se alejan y se acercan, como una ola cálida que se desvanece sin hacer ruido. La noche respira tranquila, y la ventana permanece muda, como un marco de plata alrededor de un cuadro oscurecido. ¿No lo ha oído? ¿O ya no quiere volver a oírlo? El brillo vacilante que rodea la ventana lo perturba. Su corazón palpita de deseo contra la corteza del árbol, que parece temblar a causa de esa pasión tan violenta. El muchacho sabe que tiene que verla ahora, hablarle, que debería gritar su nombre aunque acudiera gente y despertara a los demás. Tiene el presentimiento de que algo va a ocurrir, lo más insensato le parece deseable y todo se le antoja fácil y alcanzable como en un sueño. Ahora, al levantar la vista una vez más hacia la ventana, descubre de repente que el árbol arrimado al muro extiende sus ramas como un poste indicador, y se abraza con más fuerza al tronco. De repente lo ve todo claro: tiene que encaramarse al árbol—el tronco es ancho, pero nota que es blando y por lo tanto es fácil trepar—y llamarla desde arriba, a sólo un palmo de su ventana; allí, cerca de ella, le hablará, y no bajará hasta que lo haya perdonado. No reflexiona ni un segundo, sólo ve la ventana débilmente iluminada que lo cautiva y siente a su lado el contacto del árbol, robusto y dispuesto a llevarlo. Se agarra tres o cuatro veces a la corteza, se impulsa una vez más hacia arriba y consigue asir una rama con las manos mientras tira del cuerpo con energía. Por fin está colgado allá arriba, asustado, casi en la copa del árbol, que se balancea

bajo su peso. Hasta las últimas hojas llega como una ola el trémulo murmullo y la rama se inclina más hacia la ventana, como para advertir a la desprevenida joven. El trepador ya ve el techo blanco de la habitación y, en el centro, el círculo luminoso de la lámpara que proyecta haces dorados. Temblando de emoción, sabe que en un instante la verá, llorando o sollozando en silencio o en la voluptuosa desnudez de su cuerpo. Le flaquean los brazos, pero se agarra de nuevo. Se desliza poco a poco a lo largo de la rama que da a la ventana; le sangran ligeramente las rodillas, se ha rasgado una mano, pero sigue avanzando y está a punto de entrar en la claridad cercana de la ventana. Un gran manojo de hojas le tapa todavía la vista, esa última mirada por la que suspira, y cuando levanta la mano para apartarlo y ya un rayo de luz le da en la cara, se inclina hacia delante, tembloroso..., su cuerpo vacila, pierde el equilibrio y cae.

En el césped se oye un golpe seco y apagado, como el de una fruta madura. Arriba, una figura se asoma inquieta a la ventana, pero la oscuridad está quieta y silenciosa como un estanque tras engullir a un ahogado en sus aguas. Pronto se apaga la luz de arriba y el parque recupera su aspecto fantasmagórico en la vacilante luz crepuscular que domina sobre las silenciosas sombras.

Al cabo de unos minutos el trepador caído resurge de su aturdimiento. Por un instante mira extrañado hacia arriba, donde un cielo pálido con unas pocas estrellas errantes lo contempla fríamente. Entonces, de repente, siente un dolor terrible, espasmódico, en la pierna derecha, un dolor que casi le arranca un grito cuando trata de moverse. Ahora comprende lo que le ha pasado. Y también sabe que no debe quedarse tumbado allí, bajo la ventana de Margot, que no puede pedir auxilio ni gritar ni hacer ruido. Le caen gotas de sangre de la frente, debe de haberse dado contra una piedra o un trozo de madera en la caída; se enjuga la sangre con la mano para que no le vaya a los ojos. Completamente doblado hacia el lado izquierdo, intenta avanzar poco a poco hundiendo las uñas en la tierra. Cada vez que se toca o mueve la pierna rota, siente un dolor tan intenso que teme volver a desmayarse. No obstante, sigue arrastrándose lentamente; tarda casi media hora en llegar a la escalera y nota que se le entumecen los brazos. En la frente, un sudor frío se mezcla con la sangre que no cesa de manar. Todavía tiene que superar el último tramo, el más duro, la escalera, que sólo consigue subir muy lentamente y entre terribles dolores. Al llegar arriba, se agarra a la barandilla temblando y entre resuellos. A rastras salva la escasa distancia que lo separa de la sala de juegos, donde oye voces y ve luz. Se levanta aferrándose al picaporte y, de repente, como fulminado, se desploma ante la puerta que ha cedido y se da de bruces en el suelo de la habitación vivamente iluminada.

Con la cara ensangrentada y embadurnada de barro, debe de tener un aspecto terrible cuando irrumpe en la sala y cae al suelo como una masa compacta. Al verlo, los hombres se levantan de un salto y, dejando caer las sillas con estrépito, corren a ayudarlo. Con cuidado lo llevan al sofá. Él sólo es capaz de balbucear que se ha caído por la escalera cuando quería ir al parque; luego, de pronto, manchas negras pasan ante sus ojos, bailando de un lado para otro y envolviéndolo por entero, hasta que pierde el sentido.

Alguien ensilla un caballo y corre a buscar un médico al pueblo más cercano. El castillo, despertado de golpe, cobra una vida fantasmal: lámparas como luciérnagas se encienden trémulas en los pasillos, voces susurran y preguntan desde las puertas abiertas; los criados acuden temerosos y soñolientos, y finalmente suben al joven sin sentido a su habitación.

El médico confirma que se trata de una fractura de tibia y tranquiliza a todo el mundo diciendo que no hay peligro alguno. Simplemente el herido deberá permanecer inmóvil con la pierna enyesada. Cuando se lo comunican, el muchacho sonríe débilmente. No le afecta demasiado, pues

está muy bien permanecer echado, solo durante horas, sin ruido ni compañía, en una habitación alta y luminosa, oyendo el cercano rumor de las copas de los árboles, cuando uno desea soñar con la amada. Es agradable meditar con tanta tranquilidad, poder soñar con ella sin ser estorbado por deberes y obligaciones, confortablemente solo con esas tiernas imágenes que se acercan a la cama cuando uno cierra los párpados por un instante. Tal vez el amor no tenga momentos tan placenteros como los sueños tenues y crepusculares.

Los primeros días el dolor sigue siendo intenso. Pero en él se mezcla una satisfacción especial. La idea de sufrir ese dolor por Margot, la amada, llena al joven de un orgullo muy romántico y casi exaltado. Le hubiera gustado, piensa, hacerse una herida en el rostro para poder exhibirla siempre como un caballero ostenta los colores de su dama; o hubiera sido bonito no volverse a despertar, sino permanecer tendido, aplastado en el césped bajo su ventana. Y sigue soñando que a la mañana siguiente ella se despierta por el ruido y las voces, se asoma curiosa y lo ve allí debajo, estrellado, muerto por ella. Y ve cómo se desploma con un grito, oye el grito penetrante en los oídos, luego ve la desesperación y la congoja de la muchacha, la contempla vestida de negro el resto de su vida, andando triste y grave, con un ligero temblor en los labios cuando la gente le pregunta por su dolor.

Y sueña así días enteros, al principio sólo a oscuras, después también con los ojos abiertos, habituado pronto a recordar plenamente la imagen de la amada. Ninguna hora es demasiado luminosa para impedir que se le presente su imagen deslizándose como una sombra radiante por las paredes, ni demasiado ruidosa para que no oiga su voz fuera desprendiéndose de las gotas de lluvia de las hojas o del crujir de la arena bajo los ardientes rayos del sol. Durante horas habla así con Margot o sueña en viajes y maravillosas excursiones con ella. Pero a veces se despierta de esos ensueños turbado. ¿Realmente llevaría luto por él? ¿Se acordaría siquiera de él?

Pues sí: a veces va a visitar al enfermo. A menudo, cuando él habla con ella mentalmente y se imagina ver ante él su radiante imagen, la puerta se abre y ella entra, alta y hermosa, pero diferente a la de los sueños. No es dulce ni se inclina conmovida para besarle la frente como la Margot soñada, sino que se limita a sentarse junto a su tumbona, preguntarle cómo está, si le duele la pierna, y contarle un poco de todo. Su presencia le causa a Bob una aprensión y un desconcierto tan deliciosos que no se atreve a mirarla; muchas veces cierra los párpados para oír mejor su voz, embeberse mejor del sonido de sus palabras, esa música peculiar que después sigue vibrando durante horas en sus oídos. Él responde vacilante, pues adora ese silencio en que sólo percibe la respiración de la muchacha y vive más profundamente la sensación de estar a solas con ella en el cuarto, en el universo. Y luego, cuando ella se levanta y va hacia la puerta, él se incorpora a pesar del dolor para grabar en su memoria todas las líneas de su figura en movimiento, abrazarla una vez más en vivo con la mirada, antes de que vuelva a hundirse en la incierta realidad de sus sueños.

Casi todos los días Margot va a visitarlo. Mas ¿no acuden también Kitty y la pequeña Elisabeth, que siempre lo mira tan asustada y con voz dulce y preocupada le pregunta si no se encuentra ya mejor? ¿Y su hermana no se muestra todos los días solícita con él, y todas la demás no se muestran igualmente afectuosas? ¿No le hacen también compañía y le cuentan toda suerte de historias? Demasiado tiempo duran las visitas, pues con su presencia ahuyentan los sueños de su mente, lo sacan de su tranquila meditación y lo obligan a escuchar conversaciones banales y frases estúpidas. Preferiría que no fueran todas a verlo, sólo Margot, nada más que una hora, unos minutos, y luego quedarse solo de nuevo para soñar con ella, sin ser molestado ni importunado, en

una silenciosa placidez, como llevado por suaves nubes, absorbo en la contemplación de las confortantes imágenes de su amor.

Por eso a veces, cuando oye posarse una mano en el picaporte, cierra los ojos y finge que duerme. Entonces los visitantes salen de puntillas, él oye que cierran la puerta suavemente y sabe que puede volver a sumergirse en el tibio flujo de los sueños, que lo transportan plácidamente a seductoras lejanías.

Y he aquí lo que un día le sucede: Margot ha estado con él, poco tiempo, es verdad, pero ha traído en sus cabellos todos los aromas del jardín, los sensuales efluvios del jazmín en flor y los cálidos rayos del sol de agosto en sus ojos. Sabe que ya no puede esperarla. Será una tarde larga y luminosa, abierta a un dulce ensueño, pues ya nadie lo molestará: todos han salido a caballo. Y cuando de pronto se abre la puerta tímidamente, cierra los ojos y finge dormir. Pero la persona que entra—él la oye claramente en el silencio sepulcral de la habitación—no retrocede, sino que cierra la puerta por dentro sin hacer ruido para no despertarlo. Luego, con pasos cautos, casi sin rozar el suelo, se le acerca. Percibe el ligero frufú de un vestido y cómo ella se sienta junto a él. A través de los ojos cerrados nota el ardor purpúreo de una mirada que le acaricia el rostro.

Su corazón empieza a latir inquieto. ¿Es Margot? Seguramente. Lo nota, pero la sensación de no abrir los ojos y limitarse a presentirla cerca de él es la más dulce, la más fuerte, la más excitante, misteriosa y voluptuosa sensación. ¿Qué hará? Los segundos le parecen eternos. Ella se limita a mirarlo, a espiar su sueño, y él siente a través de los poros una comezón eléctrica: la conciencia desagradable y sin embargo embriagadora de estar indefenso, entregado ciegamente a la mirada de ella, de saber que, si ahora abriera bruscamente los ojos, envolverían como una capa de ternura el rostro asustado de Margot. Pero no se mueve, contiene la respiración, que se hace inquieta y anhelante en su pecho demasiado angosto, y espera, espera.

Nada ocurre. Tiene la impresión de que ella se inclina más hacia él, de que siente más cerca de su rostro ese ligero perfume, ese sutil y húmedo olor a lila que conoce de sus labios. De pronto—como una cálida ola la sangre abandona sus mejillas y corre por todo su cuerpo—la mano de ella se posa sobre la tumbona y le acaricia suavemente mano por encima de la manta. Es una caricia tranquila, cuidadosa, cuyo magnetismo él siente y a cuyo encuentro corre impetuosa su sangre. Una sensación maravillosa la de esa delicada ternura, embriagadora y excitante a la vez.

Despacio, casi rítmicamente, su mano sigue deslizándose a lo largo de su brazo. A hurtadillas él lanza una ojeada hacia arriba entre los párpados. Al principio sólo vislumbra un tenue centelleo de color rojo púrpura, una vaga nube de luz, después distingue la manta jaspeada de tonos oscuros, extendida sobre su cuerpo y, como si viniera de lejos, la mano que lo acaricia; la ve como bajo una luz crepuscular, sólo un pequeño resplandor blanco que se acerca y se aleja como una nube luminosa. Va abriendo los párpados cada vez un poco más. Y ahora la distingue con toda claridad: ve cómo los dedos, blancos y brillantes como la porcelana, se acercan levemente doblados y luego retroceden, retozones, pero llenos de vida interior. Avanzan y retroceden como tentáculos, y en ese momento tiene la impresión de que la mano tiene vida propia, como un gato que se refriega mimoso contra un vestido, un gatito blanco que con las uñas retraídas se le acerca ronroneando amorosamente, y no le extraña ver cómo le brillan de repente los ojos. Y, efectivamente, ¿no es una mirada fulgurante la que ve en eso blanco que pasa rozando su brazo? No, sólo es un brillo de metal, un destello de oro. Pero ahora, cuando la mano avanza de nuevo, distingue claramente la medalla que tiembla colgada de la pulsera, la misteriosa y delatora medalla octogonal del tamaño de un penique. Es la mano de Margot la que le acaricia el brazo, y

le asaltan deseos de llevarse a los labios esa dulce mano blanca, sin anillo ni guante, y besarla. Pero entonces siente el aliento de Margot, nota su rostro muy cerca del suyo y no puede seguir manteniendo los párpados cerrados; feliz, radiante, lanza una mirada al cercano rostro, que se yergue asustado y retrocede.

Y entonces, cuando las sombras abandonan el rostro inclinado y la claridad se extiende por los rasgos bruscamente descompuestos, él reconoce—todo su cuerpo se estremece como por un golpe—a Elisabeth, la hermana de Margot, la joven y peculiar Elisabeth. ¿Ha sido un sueño? No, clava la mirada en el rostro ahora inundado de un súbito rubor que desvía temerosamente los ojos: es Elisabeth. De repente se da cuenta del terrible error, su mirada desciende intrigada hasta la mano de la muchacha y, en efecto, la medalla está ahí.

Todo da vueltas ante sus ojos. Experimenta la misma sensación de cuando se desmayó, pero aprieta los dientes, no quiere perder el conocimiento. Todo desfila ante él como un rayo, comprimido en un segundo: el asombro, la arrogancia de Margot, la sonrisa de Elisabeth, esa extraña mirada que lo rozaba como una mano discreta... No, no, no podía tratarse de un error.

Una única y débil esperanza palpita todavía en él. Mira fijamente la medalla, tal vez se la regalara Margot, hoy, ayer o entonces.

Pero Elisabeth ya le dirige la palabra. Esos delirantes pensamientos deben de haberle alterado los rasgos, pues ella le pregunta temerosa:

—¿Te duele algo, Bob?

Cuán parecidas son sus voces, piensa él. Y responde maquinalmente:

—Sí, sí..., es decir, no... estoy, estoy bien.

Un nuevo silencio. Como una ola impetuosa vuelve una y otra vez la idea de que Margot puede haberle regalado la medalla. Sabe que no puede ser, pero tiene que preguntárselo:

—¿Qué es esta medalla?

—Ah, es una moneda de una república americana, ya no sé de cuál. Nos la trajo un día tío Robert.

—¿A quiénes?

Contiene la respiración. Ahora ella tendrá que decirlo:

—A Margot y a mí. Kitty no la quería, no sé por qué.

Bob siente que sus ojos se humedecen. Ladea la cabeza con precaución para que Elisabeth no vea la lágrima que ya debe de estar muy cerca del párpado, no la puede contener y muy lentamente empieza a descender por la mejilla. Quisiera decir algo, pero tiene miedo de que se le quiebre la voz bajo el peso del sollozo que sube. Ambos guardan silencio, espiándose con temor. Finalmente Elisabeth se levanta.

—Me voy, Bob. Que te mejores.

Él cierra los ojos y luego la puerta se cierra con un leve chirrido.

Los pensamientos levantan el vuelo como una bandada de palomas espantadas. Sólo ahora comprende la magnitud del malentendido, la vergüenza y la cólera por su estupidez se apoderan de él, pero también un dolor irresistible. Ahora sabe que ha perdido a Margot para siempre, pero siente que su amor por ella no ha cambiado, que tal vez de momento todavía no la ama con el anhelo desesperado de lo inalcanzable. En cuanto a Elisabeth, rechaza su imagen casi con ira, pues todo su abandono y el ardor tan bien contenido de su pasión de hoy no valen para él tanto como una sonrisa de Margot o su mano, si alguna vez quisiera tocarlo aunque fuera sólo

rozándolo. Si en aquella ocasión en el parque Elisabeth se hubiera dado a conocer, él la habría amado, pues en aquel momento su pasión era todavía infantil, pero ahora el nombre de Margot le ha quedado marcado con hierro candente a lo largo de sus mil sueños de modo que no puede borrarlo de su vida.

Nota que todo se vuelve más oscuro ante sus ojos, que el incesante meditar poco a poco se desvanece en lágrimas. Como todos los días, durante sus largas horas de soledad, trata en vano de evocar la imagen de Margot: sin embargo, es Elisabeth, con sus ojos profundos y anhelantes, quien impone su presencia como una sombra, y entonces todo se confunde y él tiene que volver a la tortura de recordar cómo había ocurrido todo. Se adueña de él la vergüenza al pensar que se plantó bajo la ventana de Margot gritando su nombre, luego la compasión por la rubia y tranquila Elisabeth, para la que no había tenido una palabra ni una mirada en todos esos días, cuando hubiera debido irradiarle agradecimiento como un faro.

A la mañana siguiente Margot viene a sentarse un momento junto a su tumbona. Su cercanía lo hace estremecerse y no se atreve a mirarla a los ojos. ¿Qué le dice ella? Apenas la oye, el furioso zumbido en las sienes es más fuerte que su voz. Sólo cuando ella se va, él vuelve a abrazar toda su figura con una mirada nostálgica. Jamás la ha amado tanto, siente en su interior.

Por la tarde viene Elisabeth. Hay una ligera familiaridad en sus manos, que de vez en cuando acarician la suya, y su voz es apenas perceptible, un poco velada. Habla con cierta aprensión de cosas indiferentes, como si temiera traicionarse hablando de ella misma o de él. Él no sabe muy bien lo que siente por ella. A veces cree que es compasión, otras que es gratitud por su amor, pero no sabría decirlo. Apenas se atreve a mirarla por miedo a mentirle.

Ahora viene todos los días y se queda más rato. Es como si, desde el momento en que alboreó el secreto que los unía, hubiera desaparecido también la inseguridad entre ellos. Sin embargo, no se atreven a hablar de ello, de aquellas horas en la oscuridad del jardín.

Un día Elisabeth está sentada de nuevo junto a la tumbona de Bob. Fuera brilla un espléndido sol, el reflejo verde de las copas de los árboles agitadas por el viento tiembla en las paredes. En semejantes momentos el pelo de la muchacha parece de fuego, como una nube ardiendo; su piel, pálida y transparente; todo su ser, iluminado y ligero. Desde la almohada, oculta en la sombra, él ve su rostro sonriente cerca de él, y si le parece tan lejano es porque lo baña la luz que no llega hasta él. Ante el espectáculo, él olvida todo lo pasado. Y cuando ella se inclina hacia él, de suerte que sus ojos parecen más profundos y se repliegan hacia dentro como oscuras espirales, cuando se agacha hacia delante, él abraza su cuerpo, atrae su rostro al suyo y besa su pequeña boca húmeda. Ella tiembla, pero en lugar de resistirse acaricia el pelo del muchacho con ademán dulce y triste. Y después, en un tono de tierna melancolía, le susurra en un suspiro: «Pero tú sólo amas a Margot». Ese tono resignado, esa desesperación sin rebeldía, le llega al corazón, y el nombre que tanto lo conmociona le perturba el alma. Pero no se atreve a mentir en ese momento. Calla.

Ella le besa de nuevo los labios muy suavemente, casi como una hermana, y luego sale sin decir palabra.

Es la única vez que hablan de ello. Al cabo de unos días bajan al convaleciente al jardín, donde las primeras hojas amarillentas ya se persiguen unas a otras en el camino y la noche prematura recuerda la melancolía del otoño. Unos más todavía y ya camina solo, aunque con grandes dificultades: por última vez en este año, se dirige hasta la red multicolor de los árboles, que ahora se balancean a merced del viento y hablan con una voz más fuerte y enojada que la de aquellas tres noches de verano. El muchacho acude entristecido al lugar de antes. Tiene la

impresión de que ahí se ha erigido un oscuro muro invisible tras él: su infancia se encuentra anegada ya completamente en el crepúsculo, y ante él se abre otro país, extraño y peligroso.

Al atardecer, se despide. Escruta una vez más el rostro de Margot como si quisiera impregnarse de él para siempre, pone su mano temblorosa en la de Elisabeth, que la aprieta con fuerza y afecto, mira casi furtivamente a Kitty, a los amigos y a su hermana, tan llena está su alma del sentimiento de que él ama a una mujer y otra mujer lo ama a él. Está muy pálido y un rictus de amargura ensombrece su rostro, borrándole todo rasgo infantil. Por primera vez tiene aspecto de hombre.

Sin embargo, cuando han enganchado los caballos y él ve a Margot dar media vuelta con indiferencia para subir las escaleras, cuando ve de repente un brillo húmedo en los ojos de Elisabeth y cómo se agarra a la barandilla, siente con tanta intensidad la plenitud de aquella nueva experiencia que estalla en sollozos como un niño.

Las luces del castillo se van alejando, el oscuro jardín parece cada vez más pequeño entre el polvo levantado por el coche, y el paisaje y finalmente todo lo que ha vivido se vuelve cada vez más invisible a sus ojos. Tras dos horas de viaje llega a la estación más cercana y al día siguiente está en Londres.

Unos años después, ya no es un muchacho. Pero aquella primera experiencia ha quedado demasiado viva en su alma para que se marchite. Margot y Elisabeth se han casado, pero él no ha querido volver a verlas, porque el recuerdo de aquellas horas lo asedia a veces con tanta violencia que toda su vida posterior no le parece sino un sueño y una ilusión comparada con él. Se ha convertido en uno de esos hombres que ya no encuentran atractivo en el amor ni en las mujeres: a él, que en un momento de su vida había reunido tan perfectamente el sentimiento de amar y el de ser amado, ningún deseo lo ha vuelto a empujar a buscar lo que tan precozmente había caído en sus manos temblorosas y tímidas de muchacho dócil. Ha recorrido muchos países, es uno de esos ingleses correctos y silenciosos que muchos creen insensibles porque son taciturnos y su mirada permanece fría ante los rostros y las sonrisas de las mujeres. Pues ¿quién pensaría que esos hombres albergan en su interior, mezcladas con su sangre, que arde como una llama eterna ante la Madonna, unas imágenes en las que fijan constantemente su mirada? Y ahora ya sé cuál es el origen de esta historia. El libro que estaba leyendo esta tarde contenía una postal, una postal que me ha enviado un amigo desde Canadá. Se trata de un joven inglés al que conocí en un viaje y con el que pasé largas veladas conversando. En sus relatos aparecía a menudo, misterioso y como una estatua del pasado, el recuerdo de dos mujeres inseparablemente vinculadas a un momento de su juventud. Hace mucho tiempo de ello, muchísimo, y ya había olvidado las conversaciones de entonces. Pero hoy, al recibir la postal, el recuerdo de aquellas mujeres me ha vuelto a la memoria, mezclado como en una visión con toda clase de experiencias personales, y he tenido la impresión de que había leído su historia en el libro que me había caído de las manos o que la había encontrado en un sueño.

Pero ¡cómo se ha oscurecido la habitación y qué lejano me parece ahora en el profundo crepúsculo! Sólo veo un tenue y pálido destello allí donde adivino tu rostro y no sé si sonríes o estás triste. ¿Sonríes porque invento extrañas aventuras para personas que he conocido fugazmente, porque imagino para ellas un destino y luego las abandono sin más a su existencia y a su mundo? ¿O estás triste a causa del muchacho que pasó cerca del amor y en el lapso de una hora salió para siempre del jardín de ese dulce sueño? Mira, yo no quería que esta historia fuera melancólica y sombría, simplemente quería hablarte de un muchacho que se vio sorprendido por

el amor, el suyo y el de otra persona. Pero las historias que se cuentan al atardecer enfilan siempre el dulce sendero de la melancolía. El crepúsculo extiende sobre ellas su velo, toda la tristeza que anida en la noche, formando encima una bóveda sin estrellas; la oscuridad se filtra en su sangre, y todas las palabras brillantes y coloreadas que contienen adquieren entonces una sonoridad plena y grave, como si procedieran de nuestra vida más íntima.